

La primera toma de Yagé del estudiante y la reflexión del profesor de antropología

–Taita, ¿me regala otra tacita que esto no me ha hecho nada?

Le dije en una ocasión al Taita Martín Agreda en una toma de Yagé; estábamos en su casa en la vereda Tamabioy, Valle del Sibundoy, Alto Putumayo. Era una noche oscura y sin luna, solo se escuchaban las voces de las vacas trasnochadas del Taita, y las arcadas de los otros tomadores vomitando profusamente.

Él me miró con la tranquilidad y la confianza que permitían tres semanas de convivencia como ayudante de sabedor; sonrió.

–¡Muy bien, eso me gustai; esta sería la cuarta, con esta sí se va a ir a volar por los cielos.

Él estaba sentado en un banco de madera redondo y bajito, de esos que hace ancestralmente el pueblo Kamsa, en su mesa tenía una botella de Coca Cola a medio llenar de yagé, su Wairasacha, y una tasa blanca de cerámica en la que me sirvió zenda tazada. Su lugar estaba frente a los tomadores y las tomadoras de remedio, sentados y sentadas en el suelo de eucalipto, en esteras de Totora. El cuarto era amplio; detrás suyo había una imagen de Jesús, esparcidas por el lugar, fotografías enmarcadas, de sus viajes y sus amigos, así como algunos retablos pintados por Juan Bautista; uno de sus hijos, sabedor ancestral y artista reconocido por sus representaciones multicolores de las “Pintas”, como llaman a las imágenes y sensaciones percibidas en este contexto ritual.

–Buena pinta. –Me dijo.

–Pay Taitica. –Respondí.

Tomé la taza, la olí, tan amarga como las anteriores.

–Esta es cielo guasca. –Me dijo.

¡Claro! Todo el mundo veía cosas. Alcé la vista hacia afuera de la casa, cuando noté que uno gritaba y otro se sacudía, como con hormigas en el pantalón; pero yo nada, una borracherita ahí como suaviesonga no más.

No pensé mucho, levanté el brazo, miré directamente el líquido anaranjado, espeso y le hice la misma pregunta que le estaba haciendo toda la noche... Respiré profunda y ceremoniosamente; con seguridad me tomé todo el contenido de la taza tan rápido como pude, y digo como pude porque no había terminado de beber cuando me agarraron unas ganas irrefrenables de vomitar... Entonces salí corriendo del cuarto como “alma que lleva el diablo”; hasta el ponqué del bautizo boté ese día, al lado de los tres escalones de la entrada. Y para mi sorpresa eso que salió de mi cuerpo brillaba y se movía; en esas también me agarraron las ganas de ir al sanitario. Corrí tan rápido como mis piernas me dejaron, agarré el papel y me metí en el baño ubicado a la salida del cuarto, afuera de la casa; luego de bajarme los pantalones con franca dificultad, me senté a cagar y a vomitar a chorros, no sé si todo al mismo tiempo.

—¡Jueputai, ¿yo porqué me vine por aquí tan lejos a tomar esto que me puso así?, ¿a mí porqué se me ocurren estas cosas?

Renegaba y me lamentaba mientras cagaba y vomitaba.

Pasado un rato, que se me hizo eterno, mi estómago se tranquilizó y comencé a sentir los efectos de la medicina.

No fue sino que se me arreglara la barriga y la cabeza empezó a dar vueltas. Literalmente, las paredes comenzaron a girar velozmente a mí alrededor. Por lo cual, me agarré duro de la taza, mientras el baño daba vueltas, como si estuviera metido en el centro de una de esas máquinas mezcladoras de cemento.

Por fin se detuvo y logré incorporarme para subirme los pantalones. Luego de estar seguro de que no dejaría restos de mí proceso gastrointestinal esparcidos por la chagra, ni la casa del Taita Martín. Abrí la puerta y salí... solamente me sentía muy borracho, mucho.

Todas las personas seguían en sus propios viajes.

—Tengo que concentrarme a ver logro viajar también. —Pensé.

Luego de dar un par de pasos, de trastabillar y entrar a la casa, decidí sentarme en la estera. De nuevo; entré, me descalcé, me senté con las piernas cruzadas, puse las manos en las rodillas, me concentré en mi respiración... De un

momento era como si me chuparan desde allí hasta el espacio. ¡Porque era el espacio, con estrellas y todo! Ahí comencé a volar rápidamente, como si fuera en un avión, pero sin avión, hasta que de repente me detuve en Medellín, desde arriba vi clarito la Universidad de Antioquia y me desprendí de los cielos.

Al ver la puerta de Barranquilla desde la calle, con la gente entrando en medio de un sol como de medio día, pensé: ¿cómo llegué aquí? ¡ay maricai, ¿y yo porqué me siento tan loco? Me miré, tenía una camiseta blanca.

–Jueputa, boté la chaqueta. ¿Dónde la habré dejado en esta loquera? ¡Mari-cai, yo porqué estoy tan loco?

Miraba a todas partes como buscando mi chaqueta negra o mi conciencia, no sabría decir.

–Estoy en Putumayo, en la casa de taita Martín, tomando Yagé.

Recordé, o alguien me lo recordó al oído, no sabría decir.

Habiendo solucionado la pregunta por mi estado de conciencia y el lugar de mundo donde me encontraba, dejé de preguntarme por la lógica y me dispuse a caminar. Pasé por algunos pasillos. Desde la puerta de los salones, en clase, vi gente conocida que me saludaba sacudiendo la mano. Luego de deambular un rato llegué al Teatro Popular Comandante Camilo Torres Restrepo, donde se hacen las ceremonias de grado. E inmediatamente pasé a un salón donde me encontré primero con amigos, luego con mi mamá, mi papá y alguien que parecía ser mi compañera, todo el mundo estaba feliz, sentía calidez y ternura.

Así como llegué, así me fui. Era como si me chuparan desde el cosmos y llegara de nuevo hasta el espacio exterior; veía primero la UdeA, luego Medellín, todo más chiquito cada vez. Hasta que comencé a volar en línea recta, Superman me habría tenido celos en ese momento. Abrí los ojos, estaba sentado en la estera en la misma posición, me miré y aún conservaba mi chaqueta negra.

Ese día quería saber si me graduaría o no de antropólogo algún día, entonces eso le pregunté. Eso me respondió.

...

Lejos de una respuesta simbólica, llena de representaciones externas a mi entendimiento, que necesitara de una explicación o una traducción cultural, esta pinta resultó concreta, específica. Dio cuenta de mis deseos, mostrándomelos como un sueño vívido, colorido y luminoso. No me dijo nada sobre el camino,

quizá porque la pregunta era por la conclusión del proceso y eso me respondió. Esta experiencia me enfrentó con mis prejuicios occidentalizados, racionalistas, con mi ego y lo que después conocería como “privilegio epistémico”. Comencé a cuestionar mi propia blanquitud ante la confrontación con la diferencia cultural. Sentí críticamente el extrañamiento y me enfrenté a la ruptura con la idea preconcebida del buen indio. Porque, por esos días, abundaban los uribistas dentro de la comunidad y había un problema de ingobernabilidad interno en el cabildo *Kamsa Bya*. Otra cosa que me generó profundo impacto era que resultaban siendo más católicos de lo que imaginaba a través de la investigación juiciosa de la literatura que trata el tema; son bien “camanduleros” diría mi tío Rodrigo.

Finalmente, logré terminar mi carrera en el 2012, seis años después de esta experiencia, que marcó el inicio formal de un camino espiritual, político, epistemológico y ontológico. Este fortalecería el que llevaba, luego de mucho viajar, convivir con otros pueblos, luchar junto con los movimientos sociales y, claro, leer como si se fueran a acabar los libros al día siguiente. Al llegar con mis padres a la Universidad de Antioquia y participar de la ceremonia de grado en el Teatro Camilo Torres, todo me parecía un largo *deja vú*, tenía la sensación de haberlo vivido antes.

El viaje, la convivencia, la espiritualidad y el estudio crítico me permitieron comenzar a definir e ir afilando mi propia metodología de investigación comprometida. Así, reflexiono acerca de las formas en cómo hago las preguntas, a quién se las hago y cómo las hago, siendo el ritual, el trabajo solidario, la chagra, el recorrido territorial y la asamblea, espacios fundamentales para la tarea de construir conocimientos y sabidurías en otredad. También, para preguntarnos además de lo que sabemos o lo que no, por cómo sabemos lo que sabemos. Esta es una pregunta metodológica y conlleva en esta exposición a la pregunta pedagógica: ¿cómo transmitimos los saberes que nos hacen ser lo que somos? La pregunta no es para dejar de serlo, sino para superar la clandestinización de los pensamientos críticos, plurales, diversos, originarios, afrodiaspóricos y ancestrales, que permitan la construcción de otros seres y otros mundos de otro modo, interculturales y decoloniales.

Otras experiencias me han llevado por reflexiones similares. Me han enseñado que “la espiritualidad tiene que ser libre”, como afirma Taita Samuel Tombé Morales, sabedor ancestral del pueblo Misak y exgobernador del Resguardo La María, Piendamó, Cauca. Él siempre dice que los pacientes deben primero refrescarse y, luego, alegrarse para lograr armonizarse y sacar el sucio, o sea lo

que causa la desarmonía. Para eso toca encontrar el origen del padecimiento, “tantiar” la fuerza de ese contrario, o sea sentirlo espiritualmente. Consultar con los espíritus y la Madre Tierra y definir qué planta debe tomar para atacarlo, como quien toma un arma que lo dota de un poder específico. Posteriormente, pasa a trabajar sobre los efectos de este poder contrario, mientras fortalece al paciente. Esta relación salud/enfermedad sobrepasa la racionalidad occidental y es percibida desde otros regímenes de representación de la realidad; la armonización es uno de los fines de su trabajo, bajar el calor, calentar el frío y procurar la armonía.

Este proceso no huye a la confrontación con el contrario, pero ni somete al otro, ni lo niega. Al contrario, le comprende en su profundidad relacional, le da un lugar en la historia y orienta la reflexión hacia los Buenos Vivires, en colectividad, reciprocidad, solidaridad, autonomía, autodeterminación, desde horizontes contrahegemónicos, antirracistas, desde donde es necesario que también emerjan enfoques antipatriarcales e interrelacionales. Por tanto, las Pedagogías y las metodologías críticas en Ciencias sociales Decoloniales también se requieren libres, o sea libertarias, más allá del liberalismo, la civilización, el desarrollo moderno/colonial, el nor-eurocentrismo, el progreso y su corolario, el Estado-nación moderno. Por tanto, requiere indisciplinarse y realizar un retorno crítico radical a la raíz, un giro decolonial para crear nuevos sentidos comunes, plurales, libertarios, otros mundos de otro modo.

Vladimir Betancur Arias
22 Junio de 2020